

EL VESTIDO ROJO

(cuento triste)

Javier Rey de Sola

Personajes:

ABUELO

NIETA

ACTO ÚNICO

(Buhardilla, con su tejado inclinado. En el techo, claraboya por donde penetra una gris luminiscencia, que será toda la luz que haya en escena. Puerta a la izquierda, dando paso al excusado, y otra en el ángulo derecho, que conduce a la escalera de la casa. Al fondo hay un biombo, que separa un par de camas, con la idea de conferir alguna intimidad a los espacios respectivos, y un armario. Mesa en el medio, flanqueada por dos o tres sillas desvencijadas. Sillón junto a la mesa, donde se sienta el ABUELO, con las piernas cubiertas por una manta y una estufa de resistencia a sus pies. Está absorto mirando una revista. Al cabo de unos minutos, se oyen acelerados pasos que provienen de la escalera. Se abre la puerta y aparece una joven, casi niña: la NIETA. Lleva un capazo. Viste con mucha modestia y rodea su muñeca un pequeño reloj de pulsera. El ABUELO se precipita en esconder la revista bajo la manta. De vez en cuando se oirá desde la estación, virtualmente próxima, el pitido de algún tren.)

NIETA: ¡Hola, abuelito! ¿Qué dirás que traigo...? *(Nota el subrepticio movimiento del ABUELO.)* ¿Otra vez, abuelito? Ya sabes que no me gusta que mires esas revistas.

ABUELO: *(Haciéndose el distraído.)* ¿Cuáles?

NIETA: *(Rebusca entre las mantas y le quita la revista. Suave.)* Es una porquería, te tendría que dar vergüenza.

ABUELO: Son estudios anatómicos.

NIETA: ¿Estudios anatómicos?

ABUELO: Sí, como los que hacía Miguel Ángel y nadie se metía con él.

NIETA: Ese Miguel Ángel debía de ser un poco cochino.

ABUELO: Pues lo tienen en el Vaticano, en una iglesia. Esto lo que pasa es que son fotos.

NIETA: ¡Menudas fotos! *(Se guarda la revista. El ABUELO suspira.)* ¡Mira lo que me han dado! *(Vuelca el contenido del capazo sobre la mesa.)* ¡Una sardina, dos naranjas...! Bueno, una y media, que ésta está un poco pocha, me la comeré yo... Cuatro patatas... ¡Cuatro, y todas buenas! Y lo mejor de todo, ¡una botella de vino! ¿Qué te parece, abuelito? ¡Hoy nos damos un banquete! *(Aplaude, infantil.)* No me he olvidado de las flores. *(Saca un ramillete, que deposita en un jarrón.)* ¿No te pones contento?

ABUELO: ¿Contento? ¿Te parece que tengo motivos para estar contento?

NIETA: Me da pena que estés siempre tan triste.

ABUELO: *(Un poco engolado.)* Desde que tu madre murió y me tuve que ocupar de ti...

NIETA: ¡Mamá no murió, que se marchó con un señor que vendía enciclopedias!

ABUELO: ¿Qué dices, insensata? ¿Quién te ha contado semejante disparate?

NIETA: Lo dicen todos en el barrio. *(Triste.)* Menos mal que me dejó contigo, que si no tendría que haber ido al orfanato. Dicen que allí a los niños les tratan mal y les pegan. Y que no les dan de comer.

ABUELO: Eso era antes. Ahora viven como reyes. Les dan todos los caprichos.

NIETA: ¡Pero no me gustaría estar allí, ea! *(Da una patadita en el suelo.)*
Prefiero estar contigo. Y mamá...

ABUELO: ¡Tu madre murió! ¿Está claro?

NIETA: Pero, abuelo, si la vieron subir a una furgoneta... Aunque yo era muy pequeña, me acuerdo del vestido rojo que llevaba... ¡Qué bonito! Me acuerdo también de que lloraba... Yo también lloré...

ABUELO: *(De pie.)* ¡Te prohíbo que hables de tu madre! ¡Tu madre nos dejó y para nosotros ha muerto! ¿Me has entendido o quieres que te lo señale con una bofetada? *(Hace el ademán.)*

NIETA: *(Compungida.)* Está bien, abuelito... Mi mamá murió y no llevaba un vestido rojo...

ABUELO: *(Vuelve a sentarse, abatido.)* Vestido rojo, sí... Cuánto le gustaba...

NIETA: *(Compadecida.)* Si quieres, no tenía ningún vestido... Y tampoco se subió a la furgoneta...

ABUELO: ¡No se subió a ninguna furgoneta!

NIETA: Claro, abuelito. Ni nunca conoció a ningún vendedor de enciclopedias.

ABUELO: *(Furibundo.)* ¡En esta casa, no entrará jamás una enciclopedia! Así que si tienes idea de comprar una, ya te lo puedes quitar de la cabeza.

NIETA: Sí, abuelito.

ABUELO: Leerlas es perder el tiempo. ¡Jamás están actualizadas! Los países, las fronteras, cambian constantemente. ¡Mundo de locos! Todos los días, surgen naciones nuevas de las que no tenías ni idea. ¡Y para eso van los chicos al colegio, para que luego no les sirva de nada lo que han estudiado! ¿Te enteras ahora de por qué no te mando a la escuela?

NIETA: Sí, abuelito.

ABUELO: Sin contar los descubrimientos científicos y los inventos. Antes, como mucho, había uno cada siglo. Fíjate lo que tardaron en descubrir América o en inventar la luz. ¡Siglos y más siglos! Y la gente vivía tan tranquila. Ahora, el que no inventa algo es porque es tonto. ¿Cómo puede una enciclopedia estar al día? No se ha secado la tinta de la imprenta, y ya la tienen que vender al peso.

(*Levanta el dedo, admonitorio.*) Como te pille con una enciclopedia, te acordarás de mí.

NIETA: Sí, abuelito.

ABUELO: Y cuánta mentira meten. Si te apetece oír mentiras, hazlo al menos con conocimiento de causa. ¿Quieres una? Ahí te va: los burros vuelan. (*Cruza los brazos sobre el pecho, burdamente satisfecho.*)

NIETA: (*Ingenua.*) ¿Los burros vuelan? ¡Ay, abuelito...! Mira que si se posa uno en la claraboya y nos la rompe...

ABUELO: Niña, ¿eres boba? ¿Quién ha dicho que los burros vuelen?

NIETA: Tú.

ABUELO: (*Brusco.*) ¿Cómo va a volar un burro?

NIETA: Mamá me llevó a ver una película donde volaba un elefante.

ABUELA: ¡Lo que nos faltaba, que volara un elefante! Ya tenemos suficiente con los pájaros y las palomas. Imagínate que vas paseando por la calle y ¡plop!. (*Hace el gesto correspondiente.*) Tendrían que venir con pala a rescatarte.

NIETA: (*Ponderativa.*) Lo que vuela tiene que ser chiquito, ¿no?

ABUELO: Es lo mejor.

NIETA: La naturaleza no está mal pensada... Pero ¿por qué me has dicho lo del burro?

ABUELO: (*Suspira.*) Te lo he puesto como ejemplo. Para que aprendas a diferenciar la verdad de la mentira, que no es tarea fácil. Eres tan pequeña y tan ingenua, que cualquiera puede engañarte. Es mi obligación proporcionarte los recursos para que eso no suceda. Hija, el que no sabe dónde está la verdad va de cráneo. Es lo primero que hay que aprender en la vida.

NIETA: ¿Tú me enseñarás?

ABUELO: ¿No te lo estoy diciendo?

(*Se oye un tren. La NIETA mira disimuladamente su reloj.*)

NIETA: ¿A ti no te han engañado nunca?

ABUELO: Cuando era joven, como a todo el mundo. Pero a mi edad es difícil dármele con queso. Soy perro viejo. Oteo a los embaucadores a la legua.

NIETA: *(Reflexionando.)* Entonces, aquello lo hiciste a propósito...

ABUELO: ¿El qué?

NIETA: Lo del billete de lotería.

ABUELO: *(Incómodo.)* Fue un asunto que no puedes entender.

NIETA: Lo bonito que habría sido que nos tocara la lotería. Qué ilusión cuando entraste por la puerta diciendo que nos habían tocado miles de euros. ¡Miles de euros es una barbaridad de dinero! Y en pesetas, tiene que ser todavía más.

ABUELO: Es lo mismo.

NIETA: Es más, pero como ya no hay pesetas... ¡La de cosas que podríamos haber hecho con el dinero! Lo que no entiendo es que entraras cantando y dando voces, diciendo que nos había tocado y que luego no fuera así. Te dio el billete aquel pobre chico, que no sabía lo que valía la estampita, a cambio de todo el dinero que tenías en la cartera. Entonces pensé, perdóname, abuelito, que te habían engañado. Ahora veo que te dio pena el chico, que era un poco corto y le quisiste dar una alegría, que él pensó que el billete era premiado y no sabía qué hacer con él. Y por eso entraste en casa, tan alegre que parecía verdad lo del premio. Lo bueno que habría sido que encima nos tocara... Pero ya tuviste recompensa con hacer la buena acción.

ABUELO: Dejemos eso.

NIETA: La próxima vez que le veas, si le ves, porque en una ciudad tan grande es difícil, dale algo, que le hará ilusión, y al fin y al cabo, nosotros con poco nos arreglamos. ¿Me lo prometes? *(Da saltitos.)* ¡Prométemelo, prométemelo...! Y si le veo yo, que me daré cuenta de quien es, porque me lo has descrito muy bien, la boca torcida y la baba que le caía por la barbilla y ese ojo bizco... si lo encuentro yo, le daré todo lo que lleve encima.

ABUELO: *(En pie.)* ¡No le darás nada a nadie! ¡Y al tonto, menos!

NIETA: Pero abuelito...

ABUELO: ¡Al tonto, ni la hora! ¿Me oyes?

NIETA: *(Intentando comprender.)* Ya sé por qué lo dices. A él, ya le ayudaste. Buscarás otro tonto, no nos vamos a ocupar siempre del mismo.

(El ABUELO mira a su NIETA con expresión que es todo un poema. Vuelve a sentarse.)

ABUELO: Bueno, a ver qué has traído.

NIETA: Ya te lo he dicho. Una sardina, dos naranjas...

ABUELO: Ya sé, ya sé... Me refiero a cómo lo has conseguido.

NIETA: Al principio, no me querían dar nada. Dicen que es una vergüenza que yo pida y que deberías ser tú...

ABUELO: ¡Estoy enfermo!

NIETA: Eso les dije. Pero no terminan de creérselo. ¡Tienen poquísima consideración! No saben lo que significa estar mal por los cuatro costados, que lo que no te duele de mañana es porque está esperando para dolerte por la tarde. *(Le contempla.)* ¿Te duele algo ahora?

ABUELO: *(Se lleva la mano al costado.)* Doler, doler...

NIETA: Entonces tendrás una tarde horrorosa. *(Patadita de fastidio.)* El caso es que te duela algo, jolines. Si pudiera coger la enfermedad, la daría de cachetes. ¡Y tener que soportar que te miren como si fueras un vago y te quedaras en casa de capricho! *(Sonríe con picardía.)* Pero les tapé la boca. ¿Sabes qué les dije?

ABUELO: *(Mosca.)* No.

NIETA: Les conté que te quedabas en casa, no por vagancia, que es lo que piensa todo el mundo, sino que estabas trabajando en un invento.

ABUELO: ¿Un invento?

NIETA: ¡Pusieron una cara! Como si tú no fueras capaz de inventar lo que te diera la gana. Les dije que te visitaba un señor extranjero, que te había ofrecido un montón de dinero por tu invento, y que no duraríamos en el barrio ni esto. *(Chasca los dedos.)* En cuanto lo tuvieras listo, volábamos. ¡Les ha dado una envidia! No había más que ver sus sonrisas. ¡Qué falsedad, qué hipocresía! Entonces me dieron lo que he traído.

ABUELO: ¿Te preguntaron qué tipo de invento...?

NIETA: Claro. Pero les dije que si se pensaban que iba a ir contándolo por todas partes, para que te robaran la idea. *(Medita.)* Abuelito, tendrás que patentarlo.

ABUELO: ¿Patentar? ¿El qué?

NIETA: Tu invento.

ABUELO: *(Irritado.)* ¡Niña! ¿Cómo voy a patentar lo que no existe? ¡A ver si aprendemos a diferenciar la realidad, coño!

NIETA: ¡Ay, me lo creí por un momento...!

(Pausa.)

ABUELO: *(Buscando su complicidad.)* Oye... Dime... ¿Qué crees... qué te parece que podría haber inventado?

NIETA: ¿Tú, abuelito?

ABUELO: ¡Yo, yo...! ¿Quién va ser?

NIETA: *(Frunce el entrecejo. Gira en torno la mirada, que acaba por posarse en la botella.)* ¡Tú podrías haber inventado el sacacorchos!

ABUELO: *(Perplejo.)* ¿El sacacorchos?

NIETA: Es la mar de útil. Tuvo que ser muy inteligente la persona a la que se le ocurrió.

ABUELO: Ya está inventado. Pero yo me refiero a un invento más elaborado, con ruedecillas, tuercas y tornillos. Algo que hiciera más fácil la vida.

NIETA: A ti te la ha hecho más fácil. Si no, ¿cómo habrías abierto tantas botellas, que no hay nadie que te iguale y estoy segura de que has establecido un récord, por lo menos en el barrio? Eso, cuando no tiras de la bota de vino.

ABUELO: *(Se anima.)* ¡La bota de vino! ¡Ése sí que es invento! Al principio, se les escurriría todo y menuda pérdida, con lo que constaría en la época hacer el vino. Tuvieron que irlo perfeccionando a lo largo de siglos, en medio de la risa y la chacota de la gente, que seguirían utilizando cáscaras de coco y calabazas. ¿Te imaginas la inteligencia y la tenacidad que hubo que desplegar hasta que no se

escapara ni una gota? Me dan escalofríos de pensarlo. A más de uno le quemarían en la hoguera. Al lado de esto, el sacacorchos es una simpleza y ganas de no dar un palo al agua.

NIETA: Claro, abuelito.

ABUELO: Otra cosa es que, ya que lo tenemos, se use. (*Alcanza la botella y la descorcha. Echa en su vaso y bebe.*) No está mal. Pero ni comparación a cómo sabría de estar en bota. (*Se sirve un par de veces más. Relajado.*) A mí lo que me habría gustado es inventar una máquina que adivinara el pensamiento.

NIETA: No te hace falta, abuelito. Tú las ves venir, como dices siempre.

ABUELO: (*Ufano.*) A lince no hay quien me gane. Pero habría sido entretenido. Cualquier día voy y la invento. (*Vuelve a servirse.*)

NIETA: (*Nerviosa.*) No bebas tan rápido, no venga alguien y haya que convidar.

ABUELO: Quién va a venir. Aquí no sube nunca nadie.

NIETA: (*Le aparta la botella. Distrayéndole.*) Cuando vayas a inventar, me lo dices y poco a poco te traigo el material.

ABUELO: El material.

NIETA: Tengo un método que no falla. Me pongo a saltar a la comba delante de la tienda. Por la mañana, por la tarde... ¡A todas horas! Se acostumbran y, en el momento en que tienen un descuido, ¡zas! Déjalo de mi cuenta, que te traigo yo los cables.

ABUELO: ¿Qué cables?

NIETA: Y las bombillas.

ABUELO: ¿Qué bombillas?

NIETA: Para la máquina del pensamiento. Seguro que tiene un montón de cables y bombillas. (*Impetuosa.*) ¡Y después de la máquina del pensamiento, otra! Pero ordenadamente, que te conozco. Si te metes en muchos inventos a la vez, no terminarás ninguno. ¿Me prometes que serás ordenado y no empezarás nada sin acabar antes lo anterior?

ABUELO: (*Por seguirle la corriente.*) Te lo prometo. (*Para sí.*) Je, je. Pensar que esos idiotas se han tragado lo del invento... Serán majaderos...

NIETA: Antes o después, será verdad. Inventarás algo muy gordo. Y dejarán de echarte la culpa... de decir las barbaridades que dicen sobre mamá y el empleado que tuviste. Creen que no les oigo, pero me doy perfecta cuenta.

ABUELO: ¡Valiente sinvergüenza era!

NIETA: Dicen que él y mamá...

ABUELO: ¡Te he prohibido que hables de tu madre!

NIETA: No hablaré, abuelito, si no quieres. Ni de los vestidos bonitos que tenía, ni de cuánto la admiraban cuando paseaba por la calle... Tampoco de lo triste que quedó el barrio, que todos me lo han dicho, desde que desapareció... Y ¡ay!, lo que a todo el mundo le gustaría que volviera... A mí me gustaría mucho. ¿A ti, abuelito...?

ABUELO: *(En pie.)* ¡Todo eso son sandeces! ¡Tu madre no volverá, ni falta que hace, que ella tuvo lo que quería de verdad y nunca me hizo caso! *(Con un conato de emoción.)* ¡Y para escuchar los embustes de los desocupados, más te valdría no volver a verlos!

NIETA: ¿Es verdad que le diste una paliza?

ABUELO: ¿A quién?

NIETA: A tu empleado.

ABUELO: Si se la di, la mereció. *(Ligera pausa.)* No me gustó la manera de tratar a tu madre, ni cómo la miraba, ni...

NIETA: ¿Qué edad tenía yo?

ABUELO: ¡Yo qué sé! Menos que ahora.

NIETA: ¿Cuánto menos?

ABUELO: Tanto para que no te puedas acordar.

NIETA: Me gustaría acordarme. Me acuerdo de cuando se marchó. Qué triste me quedé. Mi mamá también lo estaba. Me acuerdo muy bien, aunque todavía era yo pequeña.

ABUELO: No se gana nada con recuerdos. Es mejor vivir el presente.

NIETA: Abuelito, si mamá volviera...

ABUELO: ¡No volverá!

NIETA: Pero si volviera...

ABUELO: ¿Cómo quieres que vuelva, si está muerta?

NIETA: Si sucediera un milagro...

ABUELO: ¡Los milagros no existen!

NIETA: A veces, si uno lo desea con fuerza...

ABUELO: ¡Calla, calla...! *(Se pasea por el piso, hasta acabar sentándose abrumado.)*

(Largo silencio.)

NIETA: *(Le mira de reojo.)* Abuelito, te contaría algo si me prometes no enfadarte.

ABUELO: ¿Enfadarme? ¿Por qué iba a enfadarme?

NIETA: *(Con prevención.)* Mamá... mi mamá no está muerta, como dices...

ABUELO: ¡Ya está bien, niña! ¿Cómo te lo tengo que decir? ¿Quieres que lo escriba en una pizarra, que lo publique en el periódico...?

NIETA: Mi mamá... me escribió...

ABUELO: ¿Cómo que te escribió? ¡Es imposible!

NIETA: No, abuelito. Fue hace casi un año... Dijo que estaba bien, que trabajaba en una casa... Me contó que la pagaban poco, pero que se encontraba a gusto, aunque se sentía muy sola... En cuanto ahorrara un poco, me enviaría un regalo... Dijo... dijo también que quería regresar, pero que tenía miedo de tu recibimiento... La contesté, su dirección era un apartado de correos...

ABUELO: *(Afectado.)* ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me dijiste que tenías noticias de tu madre?

NIETA: A veces, abuelito... a veces me das miedo...

ABUELO: ¡Miedo!

NIETA: Y eso que te quiero mucho, tanto como a mi mamita. Siempre me contaste que mamá estaba muerta, pero yo nunca lo creí... Recé, recé mucho para que estuviera viva y regresara... *(Llora.)* Rezaba todas las noches y al final la Virgen me escuchó... Un día tuve carta, la carta que te he dicho... Fui feliz, pero tenía pena por ti, y miedo de lo que pudieras pensar... Miré el baúl, donde estaban los vestidos de mamá, los que no se llevó... Los saqué, a pesar de que me lo habías prohibido... Los lavé, los planché y los guardé en el armario para que no

volvieran a arrugarse... Mamá se los pondrá y volverá a pasearse por el barrio... Ya verás qué contentos se ponen todos... Las calles no son lo mismo sin ella, todo el mundo lo dice... Y yo me acuerdo algo, de su vestido rojo, que la miraban al pasar...

ABUELO: (*Tembloroso.*) Esa carta... ¿cómo la recibiste?

NIETA: La entregaron en la farmacia, donde ella la había enviado a mi nombre... No se atrevía a mandarla a casa, por si tú... por si la rompías y yo no me enteraba... Cuando me la dieron, no sabes la alegría que tuve... Me hubiera gustado poder contártelo, pero no me atreví...

ABUELO: Ya todo da igual...

NIETA: (*Con ilusión. Forzada.*) ¡No es verdad, abuelito! Yo la decía que la perdonarías... Desde que recibí la carta, lloré mucho... De pena, de alegría, no sé... Lloré también por ti, porque te habría gustado saber que mamá estaba bien, aunque triste, y que volvería... Mamá era alegre y le gustaban las flores... (*Mira brevemente las que puso encima de la mesa.*) A ti también te gustan, por lo menos antes te gustaban, cuando estaba aquí mamá... Me lo contó en su carta...

ABUELO: (*Muy abatido, como si tuviera un peso enorme sobre sus espaldas.*) Estoy viejo, me encuentro cansado... Y no me siento bien... Puede que ya no viva demasiado...

NIETA: ¡No digas eso, abuelito! (*Le besa.*) Te quiero mucho y no te vas a morir nunca. ¡Prométemelo, abuelito! ¡Prométeme que no te vas a morir nunca!

ABUELO: (*A su pesar, sonrío.*) Te lo prometo.

NIETA: A partir de hoy, volverá a haber flores en esta casa. Todos los días.

ABUELO: Muy bien...

NIETA: ¿Y sabes por qué?

ABUELO: Me lo imagino.

NIETA: ¡No, no te lo imaginas! (*Con picardía.*) Todavía no he terminado con los secretos...

ABUELO. ¿Hay más?

NIETA: ¿Para qué crees que he traído esta comida, las flores...? Es un día especial. (*Con aire de misterio.*) Dentro de un rato...

ABUELO: ¿Dentro de un rato? ¿Qué pasará dentro de un rato?

NIETA: Yo escribí a mi mamita.

ABUELO: Ya lo has dicho...

NIETA: ¡No! ¡Pero después!

ABUELO: ¿La volviste a escribir?

NIETA: ¡Sí, volví...! Le dije cuánto la quería y que tú la querías también... La pedí... la pedí que volviera... que tú no te acordarías de nada malo que ella hubiera hecho...

ABUELO: *(Suave.)* ¿Ése es tu secreto?

NIETA: Sí... ¡No!

ABUELO: ¿Sí o no?

NIETA: Como no me contestó a la segunda carta, pensé que no tenía tiempo de escribir, que estaría trabajando mucho... Entonces... me atreví... Me enteré de los horarios de trenes... y la envié un billete...

ABUELO: ¡Un billete!

NIETA: ¡Sí! ¡Se lo mandé! Estuve ahorrando... Un céntimo aquí, otro allá... Perdóname, abuelito, si te he sisado algo, pero era para el billete de mamita... Estará aquí, con nosotros, dentro de un minuto... *(Mira el reloj.)* Son casi las tres, su hora de llegada... De la estación a aquí, no hay más que un paso... En seguida la veremos entrar por esa puerta... Me hubiera gustado ir a esperarla... Lo pensé... Pero luego decidí que sería mejor estar contigo, prepararte, y que los dos, juntos, la recibiéramos en casa... *(El ABUELO ha ido poniendo una expresión verdaderamente extraña.)* ¿Qué pasa, abuelito...? No me digas que he hecho mal... Por favor, no me lo digas... No te enfades... Me lo has prometido... No te enfades...

(El ABUELO se levanta, descompuesto.)

ABUELO: ¡Insensata, desgraciada...! Has sido una inconsciente... ¿Por qué lo has hecho...? ¿Por qué has tenido que escribir y, menos, mandar ningún billete...? No sabes lo que has hecho...

NIETA: *(Llorando.)* ¡Sí lo sé! Sé lo que he hecho... Quería ver a mamita, que se me está olvidando, porque has hecho desaparecer todas sus fotos... Y

cuando cierro los ojos, no siempre me acuerdo de su cara, que se me va borrando poco a poco... Quería que volviéramos los tres a vivir juntos... Desde que se marchó, nada es lo mismo... Mamá llevaba la alegría allí donde pasaba, que todos lo dicen en el barrio... Tú, abuelito, lo sé, también la echas de menos... Te he visto cada vez más triste y ya no sales a la calle... Sin mamita, te pondrás más y más enfermo y te morirás un día y yo me quedaré sola y no tendré más remedio que morirme también... Yo hago lo posible por cuidarte, pero soy una niña y hago mal las cosas y luego tú me riñes... Me gustaría ser como dicen que es mamá, que tenía ánimos para todo... Ella nos ayudará y cuidará de ti, de los dos... *(Se pasa el dorso de la mano por la cara, intentando restañarse las abundantes lágrimas.)* Perdóname, abuelito, si he trajinado a tus espaldas y si te he desobedecido, que sé que no te gusta que haya escrito... Perdóname por haberte sisado unos pocos céntimos para el billete... Yo, por la noche, no cenaba y te decía que sí, que había cenado lo que me habían dado por ahí... No era verdad, pero yo estaba contenta de ahorrar para mamá... Lo he hecho porque no soporto la tristeza que hay en esta casa... *(Mira el reloj.)* El tren viene con retraso, como siempre... Cuando entre mamita, la abrazaremos y ya no volverá a marcharse nunca... Sé que te has reprochado que se fuera y que no sabías cómo hacerla volver... He tenido que hacerlo yo... ¿Me perdonas...? ¿Verdad que me perdonas...?

(El ABUELO la ha escuchado sobrecoigido. No soporta más y explota.)

ABUELO: ¡Has hecho lo peor que podías haber hecho! ¿Qué sabes tú? ¡Tu madre no volverá! ¿Entiendes? ¡No volverá! ¡No volverá nunca! ¿Y sabes por qué? ¡No volverá porque está muerta!

NIETA: No abuelito, no digas eso... Mamá vendrá en seguida...

ABUELO: *(Le domina la emoción.)* Tu madre murió en la primavera...

NIETA: No... qué dices...

ABUELO: Murió en la primavera... Llevaba un tiempo enferma, en el hospital... Me avisaron cuando ya era tarde... Ya no se pudo hacer nada...

¿Quieres que te enseñe la carta? *(La saca del bolsillo interior de la chaqueta y se la alarga.)*

NIETA: *(Balbuceando.)* Abuelito... mi mamá... No es verdad lo que dices...

ABUELO: *(Con brutalidad causada por el dolor.)* ¡Abre la carta! *(La arroja sobre la mesa.)* ¡Ábrela! ¡Dentro está el certificado de defunción, para que te convenzas! ¡No volverá! ¿Entiendes? ¡Está muerta! ¡Muerta! ¡Te lo he querido decir! ¡Te lo he dicho constantemente, pero no te ha querido entrar en la cabeza! ¿Lo comprendes ahora?

(Ella se encoge, comprendiendo. Se apoya en una silla, a punto de desplomarse. Sonido del tren llegando a la estación.)

ABUELO: ¡Hija...! *(Abrazándola.)* La había perdonado, pero no supe decírselo... No encontré el momento... Cuando me avisaron, ya era tarde... No pude hacer nada, nadie habría podido... Me gustaría traerla aquí, para tenerla cerca... Cuando tengamos dinero la traeremos y la iremos a visitar todos los días... La llevaremos flores... Tú, cuando crezcas, te pondrás sus vestidos, los que guardabas para ella... Y te compraré un vestido rojo, como el que tanto le gustaba...

NIETA: *(Inconsolable.)* ¡Mi mamá...!

ABUELO: *(Igual.)* Lloro, llora lo que quieras, mi niña... Somos unos desgraciados... Y yo soy el culpable... ¡Es por mi culpa! ¡Perdóname!

NIETA: ¡Mi mamá...!

ABUELO: ¡Perdóname, hija, perdóname...!

NIETA: ¡Mi mamá...! Mamita...

(Pitido del tren que se va.)

TELÓN